

«El mal humor que tenemos todos, esto es lo que hemos salido ganando nosotros con la Enher», me dijo uno de los hombres con quienes hablé. Estuve el domingo en Mequinenza, el pueblo aragonés que da nombre al mayor de los embalses del Ebro, y que esta semana ha estado de actualidad al negarse su párroco a abandonar la vieja población en apoyo de las reivindicaciones de las familias que no han aceptado todavía trasladarse al nuevo poblado en las condiciones impuestas por Enher. La frase de mi interlocutor, que contenía expresiones algo más recias y difícilmente tolerables en una transcripción en letra impresa, venía a comentar la tesis, digamos «oficial», según la cual Mequinenza ha salido ganando con la construcción del embalse, en el sentido de que estaría en peor situación que ahora si la Empresa Nacional Hidroeléctrica del Ribagorzana (Enher) no hubiese construido en el curso del Ebro las presas de Mequinenza y Ribarroja. Cualquiera que pase por el pueblo por la carretera que va de Caspe y Maella a Fraga, o se detenga a tomar una cerveza en uno de los modernos bares del nuevo poblado de Mequinenza, se llevará una impresión favorable de todo aquello. Viniendo de Maella verá primero, al llegar a Mequinenza, el viejo pueblo, medio derruido, y que a simple vista parece totalmente abandonado. Luego, a un par de kilómetros, un poblado de aceptable aunque monótona construcción con casas de planta baja y un piso, con calles bien pavimentadas, una iglesia nueva y una espaciosa plaza donde se alza el edificio del Ayuntamiento. Algo —pensará el viajero— que, aunque con los probables defectos que aquí suelen darse por desconocidos, es mejor que el despedazado pueblo donde antes vivían los mequinenzanos. Al construirse el pantano —seguirá pensando— hubo que abandonar la antigua Mequinenza, y entonces la empresa hidroeléctrica concesionaria, una empresa nacional para más detalles, sin reparar en gastos, de todas maneras insignificantes en comparación con los beneficios de la explotación de los embalses, construyó este poblado para albergar a los desplazados habitantes.

Esta impresión «turística» de Mequinenza es la que se ofrece en folletos editados por Enher, y es también, en esencia, la que las autoridades y «fuerzas vivas» del pueblo darán a quien les pregunte. El otro día, cuando le dije al señor alcalde en la conversación que sostuve con él que había ido a Mequinenza a informarme del problema planteado con motivo de la negativa del cura, me contestó: «¿Problema? No hay tal problema». Y añadió que la actitud de las familias que no querían abandonar el viejo pueblo se debía al deseo de recibir mayores indemnizaciones, y la del cura a algún extraño manejo de la política eclesial. Dijo que de unas setecientas familias que el pueblo tiene, solamente unas treinta y cinco se han obstinado en no aceptar las condiciones de Enher y han preferido quedarse en el viejo emplazamiento.

Pero la historia del embalse de Mequinenza es demasiado conflictiva para que puedan esperarse soluciones tan sencillas a sus problemas. No me es posible ni siquiera resumir aquí los dieciséis años de vicisitudes desde que el aprovechamiento hidroeléctrico de esta zona del Ebro fue concedido a Enher. Recordaré el pleito que uno de los ingenieros proyectistas de la obra sostuvo contra la empresa cuando fue despedido por haber manifestado su alarma ante la decisión de Enher de llenar el embalse antes de que estuviera en condiciones, un pleito en el cual el Supremo falló finalmente a favor del ingeniero recurrente. La presa está construida sobre terrenos carboníferos muy débiles, y ha tenido que ser objeto de constantes «remiendos». En 1967 se produjo una gravísima infiltración en el estribo derecho de la presa. El peligro llegó a tal extremo que se alertó a la fuerza pública para que tuviera prevista la evacuación de Tortosa, Amposta y otras poblaciones del bajo Ebro. En todos los pueblos del curso del río se produjeron manifestaciones. Se ha hecho famosa la pancarta que sacó a la calle un mequinenzano, y que decía: «Ave, Enher, los que van a morir te saludan».

# silla de pista

## MEQUINENZA Y LA ENHER

Sin embargo, el peligro de morir arrastrados por las aguas no ha sido el único, ni tampoco el más persistente motivo de angustia para los habitantes de Mequinenza. La presa que lleva este nombre se encuentra a poca distancia del pueblo, aguas arriba, y Mequinenza está sobre el embalse siguiente, es decir, el de Ribarroja, que es donde se plantea ahora el problema. Actualmente las aguas llegaron a la cota 65, habiendo inundado solamente una parte del pueblo, la llamada «zona afectada». La empresa quiere hacer ascender el nivel hasta la cota 70, con lo que las aguas pasarían al otro lado de la carretera, aunque sin cubrirla, e inundarían otra pequeña parte del pueblo, llegando hasta la entrada de la iglesia. Mequinenza está en la falda de un cerro, sobre el que se alza un imponente castillo que jugó su papel en las guerras napoleónicas y que hoy, restaurado por Enher, se ha convertido en lujosa residencia de los directivos de la empresa. Diré entre paréntesis que el castillo es propiedad del Estado y que me sorprendió ver a la entrada un cartel que decía: «Propiedad privada. Prohibido el paso». Pero, para volver al tema, los habitantes de la «zona afectada» fueron desalojados sin opción de sus viviendas, dado que éstas quedaban cubiertas por las aguas. Enher les entregó unas viviendas que están en el actual poblado de la nueva Mequinenza y se diferencian bastante de las que posteriormente se han construido para los que marcharon del antiguo pueblo «voluntariamente», atraídos por unas condiciones que posteriormente no se han cumplido. El 15 de diciembre de 1966 la empresa ofreció un convenio que no fue aceptado por los vecinos. Posteriormente, en febrero de 1969, la mayoría de ellos aprobaron por referéndum un segundo convenio, la llamada «Solución 2», por la que Enher se comprometía, por un lado, a dar una indemnización de 50.000 pesetas por persona y a pagar el justiprecio de los edificios expropiados y, por otra —y este es el punto importante—, a hacerse cargo de todos los servicios de urbanización, así como de todos los servicios necesarios para la existencia de una población, tales como escuelas, piscinas, centros de diversión, etcétera. Y también a reponer los puestos de trabajo que el pueblo perdió al inundarse parte de sus tierras. Se estipulaban asimismo tipos muy bajos de interés para el caso de préstamos.

El alcalde de Mequinenza, en la conversación que con él tuve, me entregó una copia de la «Solución 2», diciéndome que era el convenio vigente y votado por el pueblo. Pero lo cierto es que el 22 de julio de 1971, sin conocimiento de los vecinos, el Ayuntamiento firmó con Enher un «Saldo y finiquito» por el cual Mequinenza renunciaba a todos los servicios de que Enher debía hacerse cargo según el con-

venio, y exoneraba a la empresa de la obligación de reponer los puestos de trabajo perdidos, considerando suficientemente cumplido lo que hasta entonces había hecho. De este finiquito no me habló a mí para nada el alcalde, señor Rodes Caballé. Tampoco los vecinos supieron en su día por el alcalde de la existencia de este documento. Se enteraron por otras vías y presentaron sus quejas al gobernador civil de Zaragoza. Según una de las cláusulas del finiquito, el documento «no afecta a los intereses particulares». Pero, se preguntan los vecinos, ¿es que la necesidad de que el Ayuntamiento pague los servicios de urbanización mediante contribuciones especiales que se habrán de imponer a los vecinos hasta un total que se calcula en 17 millones de pesetas no afecta a los intereses particulares? ¿Es que la pérdida de 180 hectáreas de excelente regadío perdidas, que han sido repuestas con sólo 35 hectáreas de tierras inferiores, no afecta a los intereses particulares? Un caso que raya casi en lo increíble es el de las escuelas. Por este finiquito que el Ayuntamiento firmó sin conocimiento de los vecinos, Enher adquirió el magnífico edificio de piedra de las escuelas, construido en 1927, por sólo cuatro millones de pesetas y, para cumplir con su obligación de dotar de instalaciones docentes al pueblo, dio a cambio unos pobres barracones prefabricados de madera. Los vecinos, al enterarse del cambio, protestaron tan unánimemente que a pesar de todo los niños de la nueva Mequinenza siguen viajando todos los días al antiguo emplazamiento para asistir a la escuela en los viejos aunque excelentemente conservados edificios. En cuanto a los favorables tipos de interés, el convenio tampoco se ha cumplido. El cambio de casa ha supuesto a muchísimos vecinos quedar endeudados en lugar de ser reponidos en sus bienes. Las expropiaciones mejor pagadas de las casas del viejo pueblo se han cotizado a 900 pesetas metro cuadrado. Las casas nuevas se han cobrado a 4.000. La suma de la expropiación y la indemnización de 50.000 pesetas por persona no ha llegado a cubrir en muchos casos el coste de las nuevas casas. Por lo que se refiere a los puestos de trabajo, la minería del carbón está en completa decadencia. Queda una mina en explotación. Hay una pequeña fábrica de tintes y aprestos que emplea sólo a unas cuarenta chicas. La agricultura ha disminuido al anegarse las mejores hectáreas. Las gestiones que afirma haber realizado la empresa con una papelería fracasaron totalmente. Dice una mujer: «Ya veremos a ver para qué nos sirve este pueblo tan nuevo si no tenemos de qué mantenernos».

Los vecinos que «voluntariamente» salieron del viejo pueblo para ir a vivir al nuevo se constituyeron en cooperativa. En esta cooperativa ven las autoridades la solución de todos los problemas. Afirman que los «resistentes» que todavía quedan en el pueblo tienen la cooperativa abierta y la seguirán teniendo. Las treinta y cinco familias que quedan en el antiguo emplazamiento han visto, según ellos dicen, demasiadas cosas como para aceptar las condiciones que se les ofrecen. El Ayuntamiento vendió también a Enher, en el documento del finiquito, las calles del viejo pueblo. Las motopistas han estado derribando los edificios expropiados, contiguos a los todavía habitados. Ha habido manifestaciones de protesta. El párroco, y en solidaridad con él los párrocos de Nonaspe, Maella y Fabara, mantienen una actitud, en palabras suyas, «puramente sacerdotal». A pesar de que el arzobispo de Zaragoza, monseñor Cantero Cuadrado, ha firmado un convenio con Enher para cambiar la antigua iglesia y casa parroquial por las que la empresa ha construido en el nuevo pueblo, el párroco afirma que no se marchará de allí hasta que se haya hecho justicia con el último de los vecinos que quedan en el pueblo. Estuve un buen rato con ellos el domingo por la tarde, antes de volverme a Madrid. Su actitud es de no intervenir, de dejar que los vecinos dialoguen con la empresa y arreglen sus problemas. Pero de apoyar con su presencia en la moribunda Mequinenza, como me decía uno de ellos, «la dignidad humana que está en juego en este caso». ■ LUIS CARANDELL.